Cuadernos

Historia 16

250 PTAS



La Rusia de Catalina II

Juan Manuel Carretero

82

Cuadernos
Historia 16

Plan de la Obra

1. La Segunda República Española • 2. La Palestina de Jesús • 3. El Califato de Córdoba • 4. El Siglo de Oro, 1 • 5. El Siglo de Oro, 2 • 6. Faraones y pirámides • 7. La Castilla del Cid • 8. La Revolución Industrial • 9. Felipe II • 10. La medicina en la Antigüedad • 11. Los Reyes Católicos • 12. La mujer medieval • 13. La Revolución Francesa, 1 • 14. La Revolución Francesa, 2 • 15. La Revolución Francesa, 3 • 16. El Egipto de Ramsés II • 17. La invasión árabe de España • 18. Los Mayas • 19. Carlos V • 20. La guerra de la Independencia, 1 • La guerra de la Independencia, 2 • 22. La Hispania romana • 23. Vida cotidiana en la Edad Media • 24. El Renacimiento • 25. La Revolución Rusa • 26. Los fenicios • 27. La Mezquita de Córdoba • 28. La Reforma en Europa • 29. Napoleón Bonaparte, 1 • 30. Napoleón Bonaparte, 2 • 31. Los iberos • 32. Recaredo y su época • 33. Los campesinos del siglo XVI • 34. La Inglaterra victoriana • 35. El Neolítico • 36. Los Aztecas • 37. La Inglaterra isabelina • 38. La II Guerra Mundial, 1 • 39. La II Guerra Mundial, 2 • 40. La II Guerra Mundial, 3 • 41. Tartessos • 42. Los campesinos medievales • 43. Enrique VIII • 44. La España de José Bonaparte • 45. Altamira • 46. La Unión Europea • 47. Los reinos de taifas • 48. La Inquisición en España • 49 Vida cotidiana en Roma, 1 • 50. Vida cotidiana en Roma, 2 • 51. La España de Franco • 52. Los Incas • 53. Los comuneros • 54. La España de Isabel II • 55. Ampurias • 56. Los almorávides • 57. Los viajes de Colón • 58. El cristianismo en Roma • 59. Los pronunciamientos • 60. Carlomagno, 1 • 61. Carlomagno, 2 • 62. La Florencia de los Médicis • 63. La Primera República Española • 64. Los sacerdotes egipcios • 65. Los almohades • 66. La Mesta • 67. La España de Primo de Rivera • 68. Pericles y su época • 69. El cisma de Aviñón • 70. El Reino nazarita • 71. La España de Carlos III • 72. El Egipto ptolemaico • 73. Alfonso XIII y su época • 74. La flota de Indias • 75. La Alhambra • 76. La Rusia de Pedro el Grande • 77. Mérida • 78. Los Templarios • 79. Velázquez • 80. La ruta de la seda • 81. La España de Alfonso X el Sabio • 82. La Rusia de Catalina II • 83. Los virreinatos americanos • 84. La agricultura romana • 85. La Generación del 98 • 86. El fin del mundo comunista • 87. El Camino de Santiago • 88. Descubrimientos y descubridores • 89. Los asirios • 90. La Guerra Civil española • 91. La Hansa • 92. Ciencia musulmana en España • 93. Luis XIV y su época • 94. Mitos y ritos en Grecia • 95. La Europa de 1848 • 96. La guerra de los Treinta Años • 97. Los moriscos • 98. La Inglaterra de Cromwell • 99. La expulsión de los judíos • 100. La revolución informática.

Rufino González, 23 bis
28037 Madrid. Tel. 304 65 75

ISBN: 84-7679-286-7 (Fascículos)
ISBN: 84-7679-287-5 (Obra completa)
Depósito legal: M-8084-1997

Distribución en quioscos: SGEL
Suscripciones: Historia 16. Calle Rufino González, 23 bis
28037 Madrid. Tel. 304 65 75

Fotocomposición y fotomecánica: Amoretti S.F., S.L.
Impresión: Graficinco, S.A.
Encuadernación: Mavicam
Printed in Spain - Impreso en España

Precio para Canarias, Ceuta y Melilla: 275 ptas., sin IVA, incluidos gastos de transporte.

Historia 16

Indice



En portada, Catalina II de Rusia (dibujo de la época).
Izquierda, Catalina la Grande en una medalla conmemorativa de 1768



Retrato de Catalina II, en 1760, cuando aún era la duquesa Catalina Alexeievna (grabado coloreado a partir del retrato pintado por Rotari, Biblioteca Nacional, París)

La Rusia de Catalina II

Juan M. Carretero Zamora
Universidad Complutense de Madrid

Catalina la Grande accedió al trono de los zares siguiendo un mecanismo habitual en la sucesión a la cima del Imperio ruso: un golpe palaciego seguido del asesinato del zar. Mucho se ha hablado del grado de conocimiento e implicación de la futura emperatriz en el regicidio de su esposo, el zar Pedro III. Las relaciones entre ambos se encontraban ya rotas, erigiéndose Catalina en la catalizadora de los sectores rusos frente al prusianismo de Pedro. Este, con ocasión de la guerra de los Siete Años, había asumido las tesis de Prusia, e intentado prusianizar a la Guardia y, sobre todo, había antepuesto sus intereses patrimoniales alemanes —Holstein— a los del Imperio ruso. A ello se unían los rumores acerca de su vida desordenada y su favoritismo hacia los alemanes.

Catalina, una princesa alemana que había llegado a Rusia a la edad de quince años para casarse con el futuro Pedro III, fue paulatinamente separándose de él tanto personal como políticamente, decantándose hacia los sectores de oposición al zar. Amante de un oficial de la Guardia —Orlov, de quien tuvo un hijo— participó en las intrigas tramadas contra su marido. Apoyada por la Guardia, fue aclamada en San Petersburgo por el Senado, deponiendo al zar que, en julio de 1762, cayó asesinado por un miembro de la familia de su amante.

Iniciaba, pues, su gobierno de manera ilegítima, no sólo por provenir de un magnicidio, sino porque el trono habia sido usurpado a su titular, su propio hijo Pablo. De ahí nacieron las primeras protestas populares y las conspiraciones dirigidas contra su persona. A ello se unió un peculiar comportamiento amoroso, antitético con las costumbres y normas morales de la época, singularmente en el caso de una mujer. Tuvo Catalina a lo largo de su vida, cuanto menos, una veintena de amantes conocidos, empezando con Saltykov a los veintitrés años de edad y cerrando la interminable lista, ya en la ancianidad —con más de sesenta años—, con Platón Zubov. Entre ellos se contó el famoso príncipe Potemkin, quizá su esposo secreto.

Pese a ello, quizá ningún gobernante ha gozado de mejor fama y opinión. En este sentido, Catalina II tuvo la suficiente habilidad para crearse una imagen de soberana prudente, culta e ilustrada entre la intelectualidad occidental de *las luces,* singularmente entre la francesa. Para Diderot constituyó el paradigma del monarca progresista; Voltaire, entre el entusiasmo y el paroxismo, la definió como la *Semíramis del Norte, Minerva rusa, Esencia de las Luces.* Tales opiniones constituyeron, en sí mismas, un éxito personal de la emperatriz, que supo cultivar esa imagen con calculadas medidas magnánimas: perdones, indultos... y prudencia en la eliminación de sus numerosos adversarios. En el plano político, Catalina fue continuadora de la obra reformista iniciada por Pedro el Grande. Ello hasta el punto de que la más moderna historiografía no ha dudado en incluir todo el reinado de la emperatriz en el denominado por Marc Raeff *Sistema de Pedro el Grande.*

Inició su gobierno intentando obtener una visión directa y personal del Imperio a través de algunos viajes a Rostov, Jaroslav y la zona del Volga, entre otras. Potenció su absolutismo recortando competencias al Senado, y controló a la Iglesia con una calculada política de concesiones y exigencias. Así, suprimió el Colegio de Economía creado por Pedro el Grande para fiscalizar el patrimonio eclesiástico; pero, al mismo tiempo, designó una comisión que establecería desde la óptica de la Corona las obligaciones económicas de la Iglesia con el clero, y su posible colaboración en actividades educativas y de beneficencia. Por otra parte, mientras apoyaba al arzobispo de Nov-

gorod, Demetrio, por su adhesión al gobierno, se desembarazaba del obispo de Rostov, Arsenio, en tanto que cabeza de la oposición clerical.

Las primeras medidas de reforma administrativa se iniciaron en 1764 dando una nueva planta orgánica al Senado, que quedó dividido en seis secciones independientes y especializadas. Con esta medida se racionalizaba la administración, al tiempo que se robustecía el poder de la soberana. De igual manera, al comienzo del reinado se inició una primera reforma de la administración territorial —culminada



más tarde a raíz de la revuelta de Pugachov— con un mayor control sobre los gobernadores y delegados gubernativos en favor de una creciente centralización en manos del Senado y de la propia Catalina.

Sin embargo, la medida reformista más famosa fue el *Nakaz,* o creación de una Comisión Legislativa, integrada por representantes de todo el Imperio elegidos por los estamentos libres, que se reunió en Moscú en 1767 y que debía transmitir a la emperatriz la opinión de todos sus súbditos. Sólo fueron excluidos de ella los campesinos sometidos a servidumbre y las autoridades centrales. La preparación de la Comisión se realizó entre 1764 y 1766 y, para algunos autores, fue proyección de las ideas personales de Cataiina, imbuidas del *Espíritu de las leyes* de Montesquieu, las revolucionarias ideas penalistas contenidas en la obra *De los delitos y las penas* de Beccaria y, en general, por la literatura jurídica alemana. Todo ello con la idea de clarificar los desconciertos producidos por las reformas diseñadas desde la época de Pedro el Grande; y, sobre todo, con la de definir jurídicamente las transformaciones de las relaciones sociales de los diferentes estamentos entre sí, y las de cada uno de ellos con el Estado.

La Asamblea de representantes se reunió en Moscú el 10 de agosto de 1767, en presencia de Catalina II, bajo la pomposa denominación *de Comisión para la redacción de un nuevo proyecto de leyes.* De entrada, la Comisión tuvo como primer trabajo proponer a la emperatriz que a partir de entonces se titulara *Madre de la Patria, la Grande, la Sabia.* Catalina, en gesto de humildad, decidió aceptar sólo uno de los tres sobrenombres: *Madre de la Patria.* Desde luego, eligió bien, porque el segundo título propuesto —*la Grande*— se lo daría la Historia, y el tercero —*la Sabia*— quizá se lo regalara Voltaire.

Las propuestas de los representantes —emanadas de las instrucciones previas de sus electores— chocaron con frecuencia con las de la emperatriz. En cualquier caso, se trataba de un material exhaustivo para conocer los problemas y posibles soluciones demandados por la sociedad rusa. Las discusiones en el seno de la Comisión evidenciaron las enormes diferencias existentes entre los diversos sectores sociales, con intereses frecuentemente enfrentados.

Es cierto que hubo acuerdos en aspectos genéricos, como la elevación del nivel cultural con la expansión de un nuevo sistema educativo. Pero los antagonismos se tornaron irreductibles cuando cada grupo social intentó que sus intereses —sobre todo los económicos— prevalecieran sobre los demás. Así, por ejemplo, el campesinado libre presionó para que sus representantes defendieran un nuevo sistema fiscal más moderado, un aumento de sus propiedades, la disminución de las



Izquierda, Catalina a los diez años de edad, cuando era la princesa Sofía de Anhalt-Zerbst (por Rosina Lischevska, 1740). Arriba, Pedro III de Rusia, retrato oficial a su acceso al trono, en 1762 (por A. Antropov)

prestaciones al Estado y, especialmente, que las tierras improductivas de titularidad estatal les fuesen asignadas. Frente a ellos se alzaron las voces de los intereses nobiliarios y de las nuevas clases comerciantes.

De igual manera, los enfrentamientos en el seno de la aristocracia fueron intensísimos. La vieja nobleza intentó que Catalina II suprimiera el rígido esquema jerárquico y de grados establecido en la época de Pedro el Grande. Por su parte, la nueva nobleza sostuvo la idea de que en el servicio a la monarquía toda la aristocracia era igual, con independencia de su origen, en tanto fuera útil a la Corona. El panorama de antagonismos se completó con las instrucciones de los sectores mercantiles, enfrentados a nobles y campesinos libres en tanto ambos, con frecuencia, irrumpían en los canales comerciales de los productos agrícolas y de los industriales.

A estos enfrentamientos de clase se unieron los nacionalistas. La nobleza báltica solicitó la vuelta a sus antiguos privilegios, arrasados por la creciente rusificación. Los cosacos pidieron respeto a sus usos y costumbres políticos tradicionales. Por último, las colonias de extranjeros reaccionaron ante los intereses de la aristocracia.

Catalina II trasladó la Comisión de Moscú a San Petersburgo y en 1768, con el pretexto de la guerra con Turquía, decidió disolver la asamblea sin tomar ninguna decisión sustantiva. Para la historiografia tradicional, la medida de la emperatriz obedeció a la imposibilidad de conjugar tantos intereses contrapuestos con su idea centralizadora del Estado. Más recientemente, la mayoría de los historiadores piensa que los fines últimos perseguidos por Catalina II fueron simplemente los dirigidos a legitimar su controvertida posición política. De hecho, gran parte de los protocolos finales de la reunión fue posteriormente manipulada por orden de la emperatriz, y el final de la Comisión era evidente desde el momento en que los representantes manifestaron su adhesión política a la zarina. Las posteriores medidas de gobierno adoptadas tras los sucesos de la revuelta de Pugachov, confirmaron los estrechos cauces y limitaciones de la política reformadora rusa durante el reinado de Catalina la Grande.



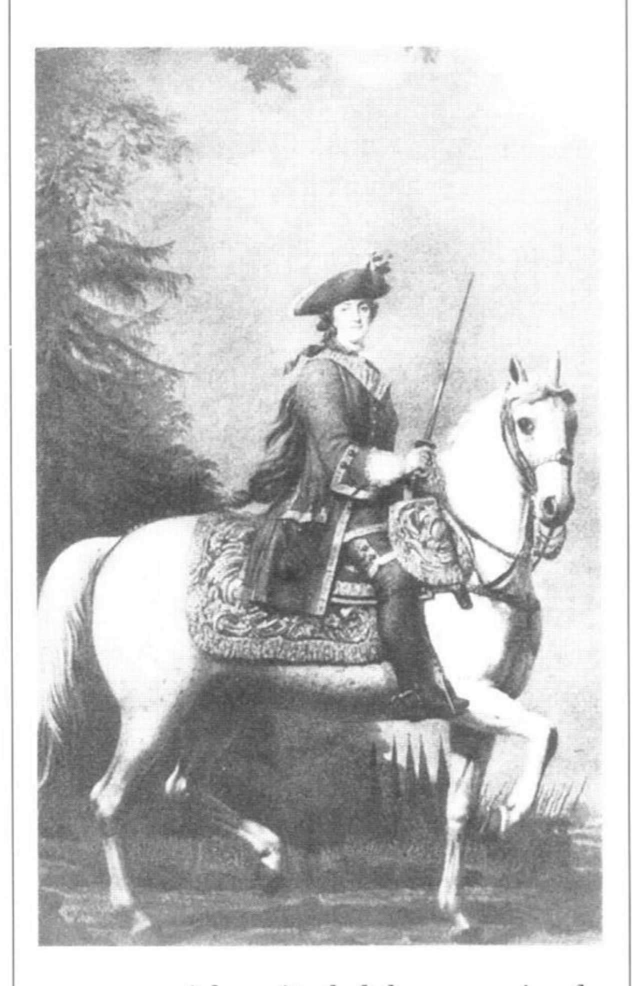
El desarrollo económico

Rusia seguía siendo a finales del siglo XVII un país abrumadoramente agrícola; los avances industriales iniciados por Pedro el Grande no pudieron ser sostenidos por sus sucesores. Sin embargo, a partir del reinado de Isabel se produjo una recuperación del ritmo industrial, basada en el apoyo a las iniciativas individuales con la concesión de monopolios, la supresión de los aranceles aduaneros interiores —década de los cincuenta— y los derechos sobre el consumo (1762).

Con Catalina la Grande la dinamización económica se aceleró, al extenderse dichos privilegios —hasta entonces reducidos a ciertos grupos próximos al poder— al resto de la población. Así, el campesinado se vio animado a comercializar sus excedentes en los mercados locales, y la generalidad de los propietarios —tanto agrícolas como industriales— pudo colocar sus producciones sin las cortapisas legales anteriores. Los efectos en la economía fueron inmediatos: muchos campesinos complementaron su actividad básica agrícola con tímidas incursiones en la industria y el comercio. Se favoreció así la aparición de los primeros grandes centros industriales: Grachov, Morozov, Bugrímov, etcétera. A ello se unió un fenómeno de gran eficacia económica: la creciente especialización de los territorios, especialmente en el terreno agrícola.

Algunas zonas, como el Volga meridional y medio, el Cáucaso septentrional y las estepas meridionales fueron

incorporadas al sistema económico del Imperio. Allí empezó tímidamente a utilizarse el trabajo asalariado en las tierras de los grandes propietarios, pero —en su inmensa mayoría— prevaleció el sistema tradicional de la servidumbre. Gran parte de las nuevas colonizaciones de las tierras meridionales —concedidas a los señores— fue puesta en explotación, gracias a un campesinado llevado allí por la fuerza. En las *tierras negras* se siguió observando el sistema de la prestación personal, que llegó a afectar al 74 por 100 de la población campesina. En otras



zonas casi la mitad del campesinado tenía obligaciones para con los señores en dinero y, más de la mitad, en trabajo personal. En la tierras originariamente rusas las prestaciones personales de trabajo eran de unos tres días a la semana, aunque no eran infrecuentes las prestaciones de cuatro y hasta cinco.

En el terreno industrial, además de las experiencias en los ámbitos rurales, se mantuvieron las tendencias diseñadas desde la época de Pedro el Grande. Fue una industrialización de carácter mercantilista dirigida a surtir las demandas del Estado —ejército— y, por lo tanto, mediatizada por un mercado de demanda muy limitada. Algunas empresas desaparecieron, pero otras subsistieron al socaire de las crecientes necesidades militares y, sobre todo, por el escaso coste laboral. Se nutrían de trabajadores propiedad del Estado que, de forma obligatoria, los adscribía a fábricas y minas. Otra fuente de fuerza de trabajo fue la compra por empresarios de siervos de la gleba. Todo ello unido a un escasísimo desarrollo tecnológico. En definitiva, se pudo construir un entramado industrial con inversiones proporcionalmente poco cuantiosas.

El resultado, en conjunto, del desarrollo industrial ruso en el período de Catalina la Grande fue apreciable, especialmente en el ámbito de la industria manufacturera, básicamente del algodón. A principios del siglo XIX —los datos son de 1804— había unas 1.200 manufactureras, en tanto en 1767 sólo se contaban 663.

En el terreno comercial, las exportaciones agrarias de Bielorrusia y las provincias del Noroeste siguieron sacándose por el Báltico, aunque los mayores incrementos exportadores se lograron a partir de 1794, fecha de la apertura del puerto meridional de Odesa. Sin embargo, el auge del comercio por el mar Negro, basado en la exportación de cereales, fue ya un fenómeno del siglo XIX. El comercio interior estaba limitado por la penuria del sistema de transporte, prácticamente inexistente en esta época; sólo Moscú y San Petersburgo tenían un sistema de aprovisionamiento desarrollado, con una demanda dirigida hacia las zonas del Volga y Finlandia, respectivamente, y hecha posible por el transporte marítimo y fluvial.

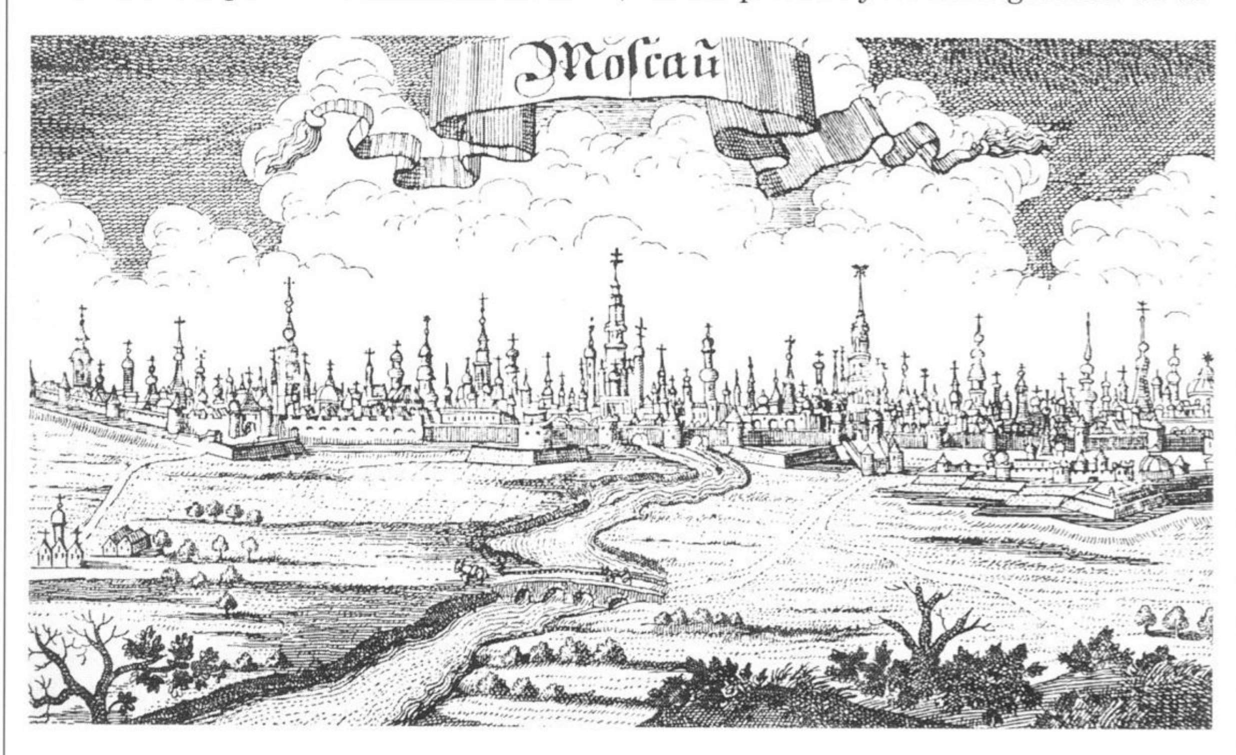
Dentro del sistema económico, el factor fiscal constituyó un fenómeno decisivo. La Hacienda del Imperio ruso —como ocurriera en la época de Pedro el Grande— estuvo mediatizada por los gastos militares; en efecto, entre 1725 y 1767 el esfuerzo económico en el plano militar pasó de 6,5 millones de rublos a 9,6 millones; a partir de 1767 tendió a bajar, pero con el estallido de la guerra con Turquía el ascenso fue ininterrumpido. El aparato administrativo y fiscal ascendió durante el reinado de Catalina II del 31,1 por 100 hasta el 42,5 por 100. El

incremento del gasto de la monarquía se debió, pues, a la guerra y al aumento de la propia administración, agigantada por la expansión territorial del Imperio.

Este incremento del gasto conllevó el correspondiente aumento de la presión fiscal. El sistema tributario directo ruso siguió descansando en el impuesto de capitación, generalizado en la época de Pedro el Grande. Se trataba de una carga que afectaba a toda la población masculina no privilegiada, esto es, al campesinado. Sin embargo, la tasa de capitación no aumentó hasta después de los sucesos de la revuelta de Pugachov, sosteniéndose la recaudación por el incremento demográfico. Algunos autores se han preguntado la razón de la estabilización de la tasa de capitación relacionándola con el deseo de no gravar a los siervos en beneficio de los señores. Sin embargo, las pruebas documentales no han despejado hasta hoy las dudas planteadas.

Si la tributación directa no subió al mismo ritmo de los ingresos del Estado, no ocurrió así con la presión fiscal indirecta. Veamos algunos datos: en el período 1724-1769 el porcentaje de los impuestos directos bajó proporcionalmente el 11,6 por 100, en tanto los indirectos subieron el 10,6 y las regalías el 1,4 por 100. La presión fiscal por contribuyente creció en el mismo período el 181 por 100, pero el comportamiento de los impuestos fue muy diferente: la imposición directa, un 146 por 100, en tanto la indirecta se elevó al 242 por 100; otros datos confirman la enorme presión fiscal sobre los productos básicos: la sal aumentó un 109 por 100, el vodka el 345 por 100 y el resto de productos cotidianos el 188 por 100.

Todo ello implicó un notable aumento de precios y la consiguiente devaluación de la moneda, muy sensible a las aventuras bélicas. Así, entre 1725 y 1767 el dinero se devaluó el 13 por 100; la tendencia se agudizó con la guerra de Turquía en 1768, acelerándose el proceso inflacionista en toda la segunda mitad del reinado de Catalina. Fueron particularmente agudas las subidas de los precios de los granos, especialmente en el período 1760-1780, producidas por los bajos rendimientos. Se tenía por buena cosecha la obtención de cuatro granos por uno sembrado, pero intervenían decisivamente las fluctuaciones estacionales, el carácter marginal de las producciones en gran parte del Imperio y los altos costes del transporte, o la imposibilidad del mismo.



Izquierda, la zarina a caballo en 1765 (por Vigilius Ericksen). Arriba, vista panorámica de Moscú en la primera mitad del siglo XVIII

La sociedad y las tensiones sociales

Las estructuras sociales rusas apenas se transformaron en las cuatro últimas décadas del siglo XVIII, manteniendo unos esquemas análogos a los del período de Pedro el Grande y sus sucesores. La población había crecido desde los 18 millones en 1744 hasta los 23 en vísperas del reinado de Catalina, de los que aproximadamente 7,3 eran contribuyentes varones.

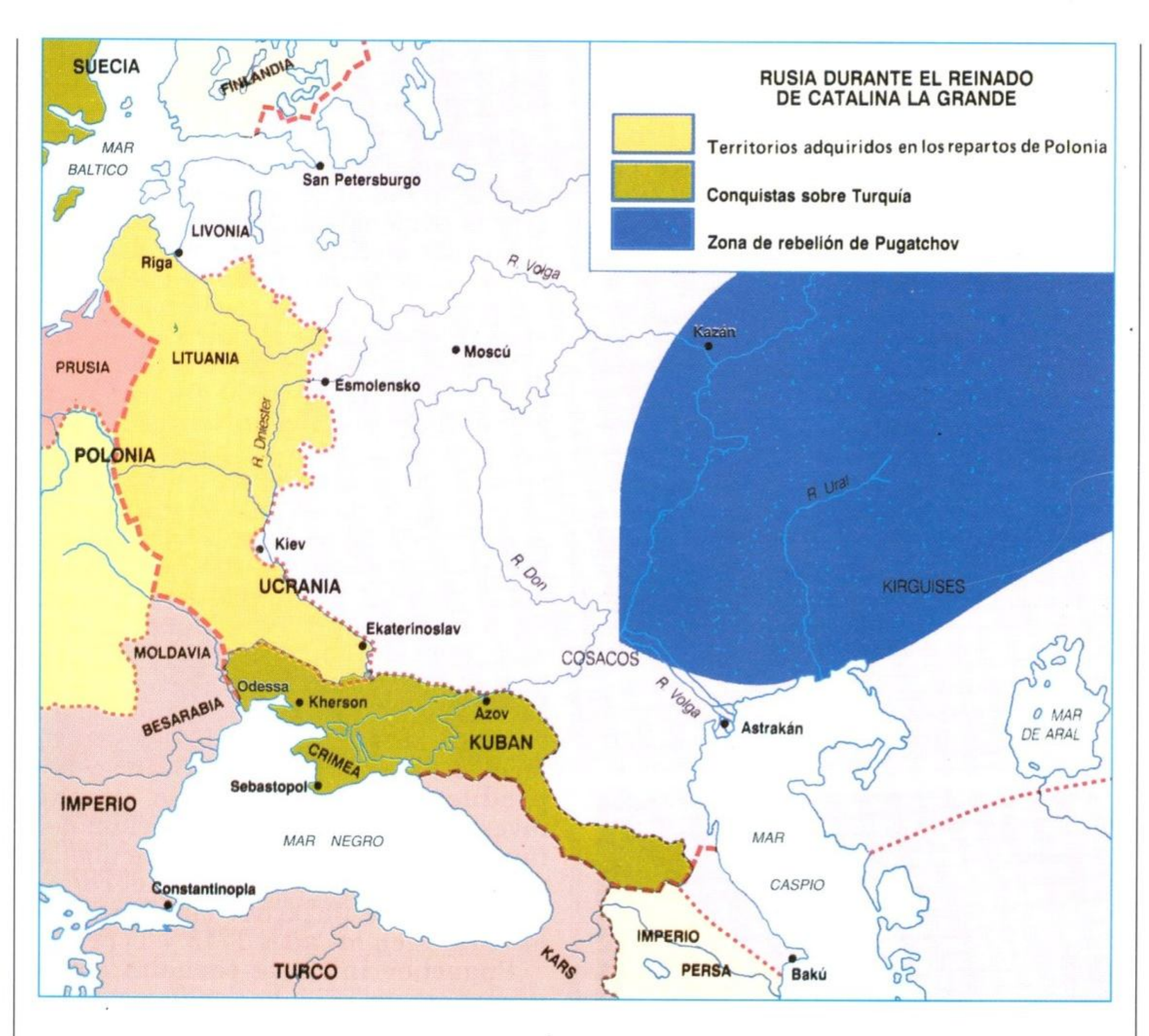
La nobleza había evolucionado fortaleciendo sus estructuras como estamento, erigiéndose en el único grupo social dotado de la suficiente capacidad para acceder a los bienes económicos e intelectuales. Sus miembros habían conseguido liberarse de su condición de servidores del Estado para convertirse en un estamento sólo inclinado a sus intereses personales. Los decretos de Pedro III liberándoles de tales prestaciones a la Corona, produjeron un retorno masivo de la nobleza —hasta entonces cortesana y funcionarial— a sus dominios territoriales. Ello implicó *de facto* un robustecimiento de los vínculos serviles y un progresivo deterioro de las condiciones del campesinado, prácticamente desamparado por el Estado y sus funcionarios ante la presión de los señores.

Además la actitud de la emperatriz fue inequívoca en el auxilio a las tesis señoriales: no fue ya solamente que entregara a los señores cientos de miles de siervos del Estado o de la Corona sino que su actividad legislativa fue claramente lesiva para el campesinado. En 1765 un *ukase* permitió a los señores enviar a los siervos problemáticos a Siberia con condenas de trabajos forzados. En 1767 prohibió que los siervos pudieran demandar a sus amos, y en el período 1765-1783 los campesinos ucranianos incorporados al Imperio quedaron sometidos a las leyes rusas de servidumbre, viéndose extinguido el viejo privilegio de libertad de residencia. Por otro lado, ciertas medidas de la emperatriz, consideradas por alguno de sus panegiristas como prueba de su preocupación por la condición de los siervos, obedecieron más a intereses de la Corona que a una pretendida sensibilidad social. Así, por ejemplo, en 1766 Catalina prohibió a los señores que vendieran a sus siervos, pero sólo durante los períodos previos a los reclutamientos militares.

Por otro lado, todas las medidas diseñadas por el Gobierno acabaron por convertirse en un arma en manos de la nobleza. En 1765 Catalina II ordenó la terminación de un catastro que se había iniciado en el reinado de Isabel y cuya elaboración había sido un fracaso. La intención del Gobierno era acabar con la inseguridad jurídica y las tensiones sociales por la titularidad de las propiedades. Se adoptó como norma el registro de todas las propiedades existentes sin entrar en la titularidad anterior, a menos que existiera pleito pendiente. De esta forma se legalizó toda una serie de expoliaciones y abusos, siempre en favor de los señores y en contra del campesinado libre y de los pequeños y medianos propietarios. Muchas tierras de titularidad estatal, aprehendidas por la aristocracia con la aquiescencia de los funcionarios locales, siguieron el mismo camino. Igual sucedió con el censo general de 1762 —reinado de Pedro III— que, al cuantificar la población pechera, la adscribió definitivamente a la tierra.

Para el campesinado la situación apenas si cambió durante las tres décadas del gobierno de Catalina II, especialmente la del servil, imposibilitado de poder abandonar su estatus social. Con frecuencia algunos campesinos viejos o rebeldes eran expulsados de las propiedades por señores o administradores. La Corona se opuso a tales prácticas con el objeto de evitar la constitución de bandas armadas y el aumento de la inseguridad en los campos. De hecho, el problema del bandidaje era crónico en el agro ruso, como se evidenció en el gran número de protestas incluidas en las instrucciones elaboradas por la Comisión Legislativa.

El señor era propietario absoluto de sus campesinos, adscribiéndolos a la tierra: podían ser vendidos, arrendados, permutados... jurídicamente constituían un bien inventariable más. No podían casarse libremente, sin contar con la autorización del señor. Esta situación tendió a consolidarse y expandirse con el progresivo paso de muchos campesinos propiedad del Estado y la Corona —que gozaban de condiciones personales menos gravosas— a titula-



ridad de los señores. Todo ello produjo frecuentes revueltas y motines y, sobre todo, la creciente incorporación —tanto del campesinado libre como del servil— a las corrientes más tradicionales, entre otras, el grupo de los *Antiguos creyentes*. Ello desde el momento en que las proclamas *antiguo y buen derecho* fueron reinterpretadas por ese campesinado como el medio de abolir los privilegios injustamente ostentados por sus señores.

No mejor suerte tuvieron los campesinos de los dominios eclesiásticos. La política de control de la Iglesia diseñada desde la época de Pedro el Grande —y seguida con igual vigor por sus sucesores— condujo a una Iglesia mermada en sus ingresos y agobiada por crecientes obligaciones impuestas desde el Estado; ello se tradujo en un campesinado crecientemente explotado y resentido. De hecho, a la llegada al trono de Catalina II más de cincuenta mil campesinos de titularidad eclesiástica se encontraban en abierta rebeldía como consecuencia de las medidas dictadas por sus predecesores. Muchos de estos campesinos fueron transferidos administrativamente a nobles y arrendatarios de impuestos, siendo utilizados en su beneficio personal y bajo pésimas condiciones de vida.

Respecto de los trabajadores industriales, su situación jurídica y económica no difería excesivamente de la de los rurales, toda vez que, con frecuencia, pertenecían al mismo grupo, alternando el trabajo de los campos con las fábricas, talleres y minas. Muchos de ellos, incluso, vieron empeorar sus condiciones personales al ser privatizado gran número de industrias estatales. Sus nuevos empresarios buscaban la más rápida optimizacion de las producciones, sin atender ni al futuro de las empresas ni a la situación de los siervos industriales.

Fruto de estos males estructurales y de las consiguientes tensiones que provocaron fue la gran revuelta encabezada por Emelian Pugachov. De manera

no casual Pugachov se presentó —al igual que tantos otros pretendientes —aproximadamente unos doce entre 1762-1774— como el fallecido Pedro III. Este monarca había desatado entre el campesinado —con escasa base real— ciertas expectativas de liberación. El fenómeno mitificador popular se había completado con la misteriosa desaparición del zar y la creencia de que Pedro III volvería algún día para redimir a su oprimido pueblo. A esta leyenda pronto se unieron —aunque con otras pretensiones— los sectores rusos más conservadores. De entre ellos destacaron singularmente los ya citados *Antiguos creyentes,* celosos guardianes de las tradiciones y opuestos a cualquier cambio, que reelaboraron la idea de un pretendiente al trono identificado con el príncipe redentor, doliente, nómada y salvador de Rusia. En el caso de los *Antiguos creyentes,* esta idea se reforzó con la fe en una inminente segunda venida de Jesucristo.



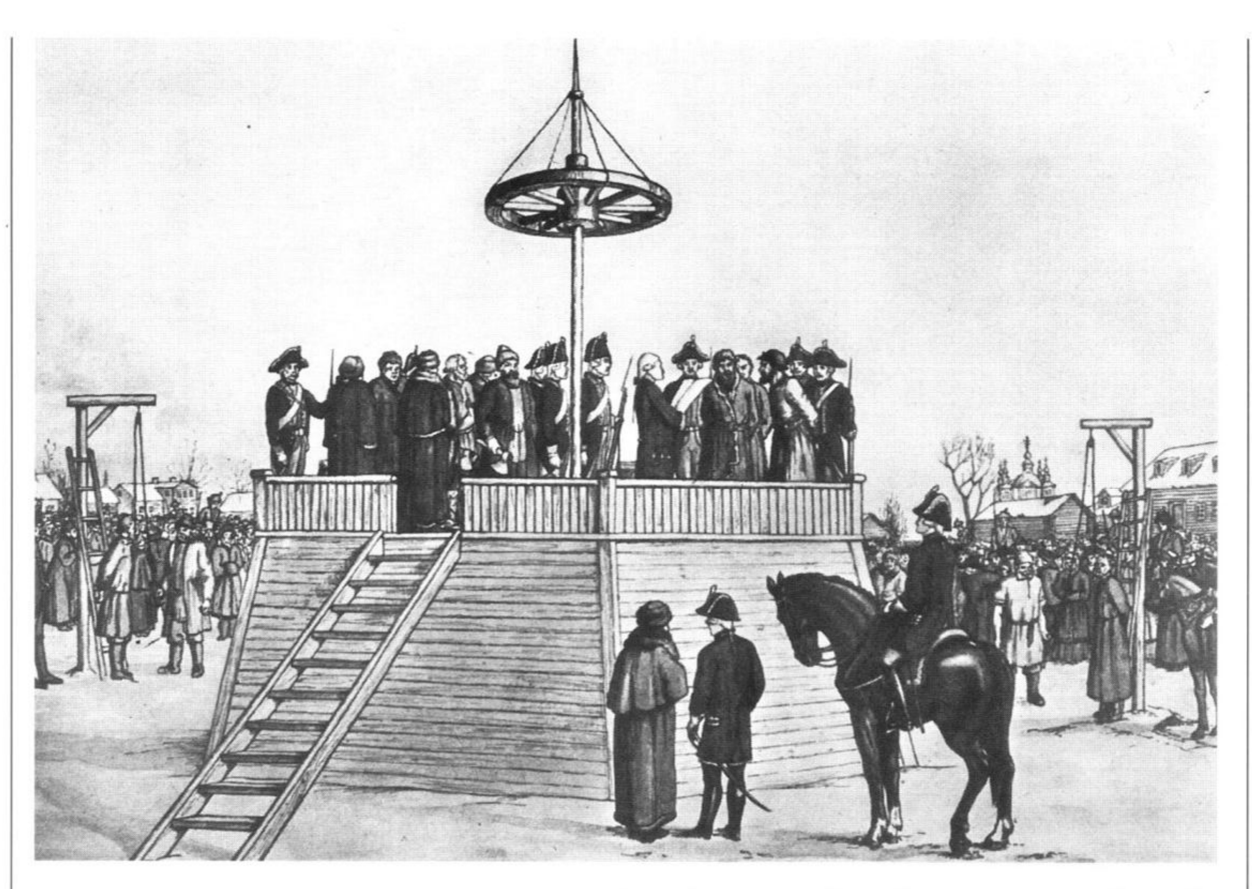
Así, por ejemplo, uno de esos pretendientes —K. Selivanov, fundador de la secta de los *skoptsi,* o eunucos— se presentó a la vez como Jesucristo y el desaparecido zar Pedro III.

La revuelta de Pugachov

Emelian Pugachov era un cosaco de la zona del Don; de vida inquieta y azarosa, había permanecido numerosas veces en prisión y protagonizado frecuentes evasiones. En 1773 huyó de la cárcel de Kazán, siendo acogido por los *Antiguos creyentes* ermitaños de la región de Iaik, que le sugirieron adoptara la personalidad del zar Pedro III.

La zona en donde Pugachov desarrolló la revuelta fue el valle medio del Volga y las llanuras desde los Urales meridionales hasta el mar Caspio, regiones de gran proclividad a la protesta y la revuelta; en 1760 gran número de campesinos dependientes de los grandes monasterios se había sublevado ante la impotencia de las autoridades locales. Sin embargo, el precedente más inmediato de la sublevación encabezada por Pugachov fue la revuelta del monasterio de Dalmatovo, desarrollada entre 1762 y 1764 y también conocida por *la dubinshchina.* Tras la represión, las autoridades pidieron una investigación de los motivos de la revuelta, con el fin de establecer las reformas necesarias para evitar su reproducción. La ineficacia de tal investigación —debido a la desidia del funcionariado— fue tan patente que la zona de Dalmatovo constituyó el eje de la rebelión de Pugachov en el área de los Urales en los años 1773 y 1774.

Pugachov inició la revuelta en la primavera de 1773, haciendo suyas todas las inquietudes y malestar del campesinado: corrupción generalizada en la actuación de las autoridades, empobrecimiento y hambres por las malas cosechas y la presión fiscal, frustración de las expectativas de libertad que entre algunos campesinos se habían suscitado ante ciertas medidas secularizadoras de Pedro III —luego derogadas por la emperatriz Catalina—, la persistencia en el mundo rural del espíritu tradicionalista de los *Antiguos creyentes,* etcétera. A este malestar general se unieron ciertas protestas específicas de las zonas donde se desarrolló la revuelta: el enorme poderío de los monasterios, los abusos de los reclutadores que habían asentado a ciertos colonos —entrega de parte de las producciones y sometimiento administrativo y policial—, el progresivo deterioro de cierto campesinado obligado al trabajo en campos, fábricas y minas, las protestas *nacionalistas* de tártaros, modvinos y baskiros, frecuentemente despojados de sus tierras y también, por último, el creciente em-



Izquierda, Emelian Pugachov (anónimo, segunda mitad del siglo XVIII). Arriba, ejecución de Pugachov y sus colaboradores en la sublevación, en la plaza de Bolotnaia de Moscú, el 10 de enero de 1775

pobrecimiento de gran parte de la poblacion cosaca.

La revuelta —la mayor y más grave hasta ese momento en Rusia— tuvo como principal apoyo al campesinado, a los sectores de los *Antiguos creyentes* y a los cosacos del Don y los Urales. A ellos Pugachov les ofreció un programa reivindicativo sencillo y eficaz: lucha contra los señores y las autoridades de la emperatriz, libertad de culto y mantenimiento de los usos y costumbres tradicionales. Y, especialmente para los cosacos, el cese de las intromisiones del Gobierno en sus libertades (eliminación de las servidumbres militares introducidas por la guerra con los turcos, respeto a las tradiciones —uso de barba—, pervivencia de la asamblea cosaca o *krug* y derogación de los impuestos sobre la sal).

Inicialmente —otoño de 1773— Pugachov sólo pudo contar con el apoyo de una horda de campesinos numerosa pero escasamente organizada y armada. No obstante, logró sus primeros éxitos con el asalto y toma —el 27 de septiembre— de la fortaleza de Tatíschev, al que siguió la de numerosos pueblos y aldeas fortificadas que le abrieron el camino hacia Orenburgo, capital administrativa del territorio. Fracasó ante los muros de la ciudad pero, al aislarla, logró someter y sumar a su ejército a todos los pueblos de la región. Inmediatamente atrajo a los trabajadores siderometalúrgicos de los Urales, que le proporcionaron piezas de artillería.

Desde ese momento Pugachov pudo contar con un verdadero ejército que pronto a alcanzó cierta unidad y organización. Las tropas fueron articuladas en regimientos, y se creó un Consejo Militar con funciones de organización e intendencia. A fines de 1773 la rebelión afectó a toda la provincia de Orenburgo, y empezaba a expandirse en las zonas de Perm y Simbirsk, infiamando a los pueblos del valle del Volga; pronto toda la Baskiria fue ocupada por los rebeldes y sometida al saqueo.

Tras estas conquistas la rebelión afectó a las zonas de Ufá, Kurgán, Samara, Stávropol, Ekaterinburgo, etcétera, amenazando con extenderse hacia Siberia. Pero aun contando con estos éxitos, Pugachov no supo, o no pudo, superar ciertos problemas que

lastraron su proyecto desde el inicio. Eran éstos la desvertebración de sus tropas y la difícil unidad y cohesión de elementos tan dispares como *antiguos creyentes,* cosacos, baskiros, campesinos, trabajadores metalúrgicos, etcétera, frecuentemente enemistados entre sí por querellas nacionales. Ello facilitó la reacción de las tropas imperiales, que tomaron la iniciativa a principios de 1774.

En efecto, al comienzo de la primavera el Gobierno de Catalina obtuvo su primer éxito sobre los rebeldes: la recuperación de la fortaleza de Tatíschev, que constituía el centro de la revuelta y acantonamiento de las principales fuerzas militares de Pugachov. De igual manera, el 24 de marzo



de 1774 las tropas rebeldes del cosaco Chika-Zarubin —uno de colaboradores más directos de Pugachov— eran derrotadas cerca de Ufá.

Pugachov pudo rehacer su ejército con el apoyo de los mineros y los trabajadores de industrias de los Urales, y, sobre todo, por el empeño de las tropas baskiras acaudilladas por Yuláev. En mayo de 1774 ocupó Magnítnaya y Troitsk, pero inmediatamente fue derrotado, debiendo abandonar las zonas mineras de los Urales ante la presión del ejército imperial. Pugachov se dirigió entonces hacia las provincias del Volga con la esperanza de revitalizar la revuelta con el apoyo del campesinado descontento. En efecto, los sublevados ocuparon Izhevsk —importante centro industrial—, Osá y, en junio de 1774, Kazán, en cuyas inmediaciones fue de nuevo derrotado.

La técnica de Pugachov consistió en avanzar continuamente ante cada revés militar. Tras el fracaso de Kazán, volvió sus ojos hacia el Sur para encaminarse hacia el valle del río Don, y reconstruir su ejército incorporando a los cosacos. En el verano de 1774 la revuelta alcanzó su máximo desarrollo; en el Don no sólo actuaron los ejércitos *regulares* de los sublevados, sino que su ejemplo vigorizó a las tradicionales bandas armadas campesinas, que se convirtieron en un verdadero ejército guerrillero con una dimensión hasta entonces desconocida: más de sesenta guerrillas. En junio Pugachov pudo ocupar Sarátov, Penza y Damyshin y el conflicto, contando con el apoyo de los campesinos, alcanzó la máxima gravedad para el Gobierno, al transformarse en una verdadera guerra popular.

Pugachov siguió avanzando hacia el Sur, pero fue hostigado por las tropas gubernamentales, siendo sitiado y derrotado en Tscritsin. Pudo sobrevivir y huir hacia las estepas, donde fue capturado por algunos jefes cosacos, y entregado a las autoridades. En enero de 1775, Pugachov y varios de sus seguidores fueron ejecutados en Moscú, poniéndose así fin a la revuelta. Tras la desaparición de Emelian Pugachov la inestabilidad en los campos rusos prosiguió pero, rota la unidad de la protesta y sin dirigentes, los movimientos que se produjeron fueron fácilmente erradicados. El fracaso de la revuelta de Pugachov evidenció que los movimientos de protesta en Rusia estaban condenados de antemano al fracaso. Las causas eran: la falta de unidad de los rebeldes, la inexistencia de una organización revolucionaria y, sobre todo —como ocurrió en la mayoría de las protestas del Antiguo Régimen— porque todos estos movimientos nunca tuvieron un programa reivindicativo que supiera colmar las aspiraciones de los grupos sociales que los integraban.

La reacción de la nobleza y el Gobierno

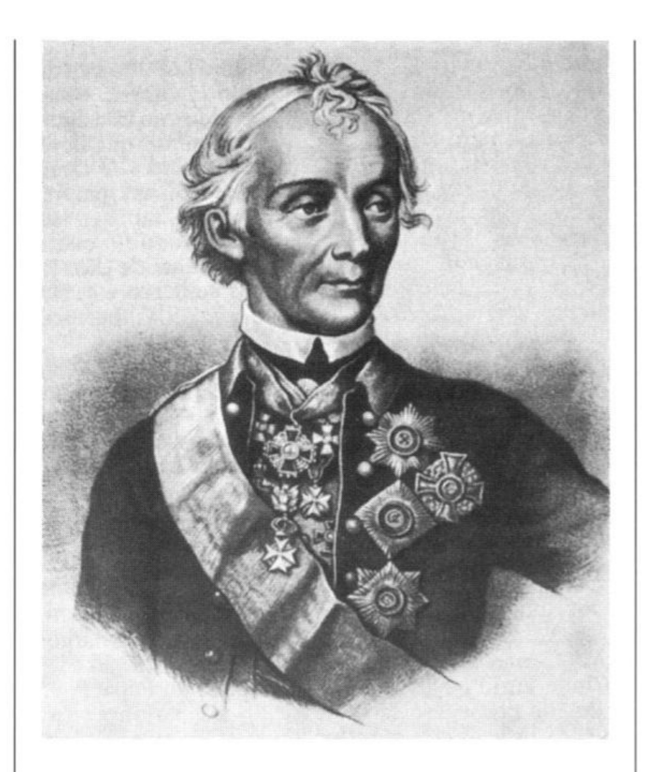
La finalidad de la revuelta encabezada por Pugachov nunca fue revolu-



Izquierda, una de las medidas europeizadoras de Rusia, adoptadas en el siglo XVIII, fue el rapado obligatorio de las largas barbas tradicionales (xilografía de la época). Arriba, Catalina II, tarjeta postal —con sello de Pedro el Grande— de comienzos del siglo XX

cionaria en el sentido de pretender cambiar el modelo social tradicional por otro radicalmente distinto. En definitiva, el programa de los sublevados podía sintetizarse en el deseo de *restaurar el orden social querido por Dios,* y las consecuencias de la sublevación fueron innegables para la sociedad y el Gobierno.

Para la nobleza territorial la revuelta sirvió para cambiar sus relaciones con el campesinado, que vio de inmediato agravada su situación personal. Algunos señores —ante la violencia de la revuelta— huyeron a las ciudades para no tornar jamás a sus posesiones campesinas. Ello implicó un distanciamiento personal entre señores y vasallos, con el consiguiente alejamiento y radicalización de las posiciones preexistentes. Sin embargo, especialmente en ciertas capas sociales cultas y críticas con el sistema señorial, la revuelta afianzó su posición, ratificándose en la denuncia de los vínculos vasalláticos y en los escasos fundamentos morales de las tesis y actitudes de los grandes propietarios.





Izquierda, Federico II de Prusia (por A. Menzel). Arriba, Alexander Suvorov, el victorioso general que logró parte de la expansión rusa en la época de Catalina II. Derecha, caricatura inglesa de 1791 sobre el afán expansionista de la zarina: *Una zancada imperial*

Asimismo, para el Gobierno de Catalina la conclusión de la revuelta significó la posibilidad de una reforma política y administrativa, tendente a reforzar *el centralismo absolutista del sistema*. Coincidiendo con el máximo desarrollo de la sublevación —1774— la emperatriz diseñó una nueva planta de la administración territorial, de marcado carácter centralista: la Institución para la Administración de las provincias del Imperio de toda Rusia. La reforma administrativa se articuló con la división del Imperio en cincuenta provincias y en la creación de una nueva figura administrativa delegada: el gobernador general de quien dependían todas las instancias provinciales y la administración militar. Asimismo, se reforzó el control de las instituciones locales, incluidos en ellas todos los cargos, incluso los electivos.

La idea que animó la reforma fue, pues, centralizadora y burocratizadora. con la finalidad última de rusificar todos los territorios periféricos. Era éste un reto heredado de la época de Pedro el Grande, que no había sido abordado en profundidad por sus sucesores. El proceso seguido fue de enor-

me eficacia, y tuvo repercusiones sociales importantes. Por ejemplo, en 1780 se suprimieron los últimos atisbos de autonomía en la Ucrania oriental al río Dniéper, con la fragmentación del territorio en tres provincias y la introducción en cada una de ellas de una planta administrativa de naturaleza rusa. Algunos grupos sociales sufrieron este proceso de homogeneización, la aristocracia cosaca fue incluida en todos los aspectos —incluso jurídicos— en el estamento nobiliario ruso.

Tras este ensayo en Ucrania, la reforma político-administrativa se extendió e impuso en otros territorios. En 1783 afectó a Bielorrusia; en el Báltico se crearon dos unidades independientes —Riga y Reval— plenamente sometidas por el poder imperial, hasta el punto que todo el funcionariado y la judicatura fueron nombrados por el Gobierno central. Al mismo tiempo, todo el sistema administrativo anterior fue derogado, no respetándose ni siquiera los cargos electivos. Sólo las zonas del Norte y Noreste escaparon a la rusificación, aunque no pudieron obviar una creciente centralización. Para ello el Gobierno utilizó las estructuras tribales de estos pueblos, otorgando la administración a sus grupos sociales superiores.

La reforma iniciada en 1775 no se detuvo con la centralización administrativa, sino que afectó también a la sociedad, especialmente a la aristocracia y al medio urbano. En 1785 se dictó una ordenanza que cohesionó aún más a la nobleza rusa, al serle reconocidos jurídicamente todos los privilegios y derechos tradicionales, autorizando a sus miembros para que pudieran organizarse en asociaciones —por provincias y distritos— con la única limitación de estar sometidas a la inspección del gobernador provincial y las autoridades locales.

También en 1785 se dictaron normas que establecieron los cauces de la participación ciudadana en los Gobiernos municipales. La ordenanza articuló dicha participación en torno a *asambleas de la sociedad urbana,* cuyos miembros lo eran —al margen de cualquier diferenciación estamental— en tanto que propietarios con bienes raíces catastrados. Ellos eran ahora los únicos dotados de capacidad para elegir los miembros de los Gobiernos mu-



nicipales. Esta medida fue significativa porque por primera vez incluía a elementos del estamento no privilegiado en tanto fueran propietarios. También confirmó el ascenso político de los denominados *vecinos urbanos*. En cualquier caso, la reforma municipal no significó la autonomía de los concejos, en tanto éstos —en apariencia autónomos— eran controlados por los funcionarios centrales adscritos a las administraciones locales.

La política internacional

El Imperio ruso se había incorporado plenamente al escenario de las relaciones internacionales desde la Paz de Nystadt, en 1721. Desde ese momento



La emperatriz María Teresa de Austria, cuyos intereses centroeuropeos coincidían con los de Catalina de Rusia

jugó un papel crecientemente destacado en la política de alianzas y contraalianzas; durante la guerra de sucesión de Polonia —1733— el Imperio ruso colaboró con Austria. Esta línea filohabsbúrgica se potenció en época de la emperatriz Isabel, permaneciendo Rusia al lado de Austria frente a la alianza de Francia y Prusia.

Hasta ese momento el Imperio ruso no había dejado de ser una potencia con intereses en apariencia poco definidos. En cambio, a partir de la guerra de los Siete Años el papel de Rusia debe considerarse como sustantivo para comprender los entresijos de las relaciones en Centroeuropa. En efecto, en 1756 la zarina Isabel se coaligó con austriacos y franceses frente a prusianos e ingleses, poniendo en peligro los poderosos intereses comerciales de Rusia con Inglaterra, el principal cliente de su comercio exterior. Los éxitos rusos frente a Prusia fueron continuados en varias campañas; en 1757 y 1758 los ejércitos rusos infligieron dos grandes derrotas a las tropas prusianas; en 1759 el éxito sobre Prusia fue absoluto tras la batalla de Kunersdorf, completado con la breve ocupación de Berlín en 1760.

Sin embargo, la muerte de Isabel y la llegada al trono de Pedro III supusieron un cambio súbito y radical de la posición rusa en el entramado internacional. El nuevo zar —hasta poco antes duque de Holstein— era un rendido admirador de Federico II de Prusia. Con él firmó un tratado de paz que devolvía a Prusia todas las conquistas realizadas por los ejércitos rusos. Incluso apoyó la causa prusiana contra sus antiguos aliados, ofreciendo tropas a Federico. Con esta actitud Rusia abandonaba el proyecto de cerrar por el Norte a Polonia, al renunciar a la Prusia Oriental.

Con Catalina, la política exterior de Rusia siguió —aunque con una reinterpretación ambiciosa— los planes expansivos diseñados desde la época de Pedro el Grande; esto es, caminar ininterrumpidamente hacia el Sur en búsqueda de una salida al mar y hacia Occidente.

En su camino hacia el mar Negro, el choque con Turquía era inevitable. Sin embargo, para Rusia era imprescindible el control de la desembocadura del Dniéper como puerta de salida de sus producciones agrícolas. Además, la incorporación de las estepas del Sur sería la mejor garantía de estabilidad y seguridad de la frontera meridional del Imperio.

Turquía, desde luego, no era en la segunda mitad del siglo XVIII la gran potencia militar que había sido antaño. Pero su creciente debilidad ante Rusia le hacía contar con la anuencia de las grandes potencias occidentales —Austria, Francia e Inglaterra— recelosas de un Imperio ruso excesivamente poderoso. A estos resabios se unió un deseo, sin duda ambicioso y no sufi-


EL ESCENARIO BALTICO
Y POLONIA
GOLFO DE BOTNIA
FINLANDIA
Tampere
Nyslott
Lago
Ladoga
Verela
Anjala
Fredericksham
Viborg
Helsingfors
Sveaborg
Rochensalm
Kronstadt
SAN PETERSBURGO
Tsarskoe Selo
Peterhof
GOLFO DE FINLANDIA
Estocolmo
Reval
Puerto
Báltico
MAR
Visby
CURLANDIA
Riga
BALTICO
Mitau
Karlskrona
SAMOGITIA
Frontera anterior a la partición
LITUANIA
Esmolensko
Vilna
Königsberg
Danzing
Minsk
Varsovia
Lodz
Maciekovice
POLONIA
Chelm
Lvov
Cracovia

cientemente meditado, de la emperatriz Catalina: la recreación rusa del Imperio bizantino mediante el conocido *Proyecto griego* que, en definitiva, no era sino el debilitamiento extremo del Imperio turco. Sus dos puntos clave eran la expulsión de Turquía de sus zonas europeas y la conquista de Constantinopla.

Para lograr este objetivo, Catalina II intentó plasmar el acuerdo con las potencias occidentales. No obstante, la operación diplomática fue muy dificultosa: Austria recelaba de las intenciones rusas sobre Polonia, y Francia se radicalizó en su posición tradicional adversa a las tesis rusas. Ante este



fracaso Panin —diseñador de la política exterior en la década de los sesenta— intentó conseguir lo que él mismo definía como *Alianza del Norte,* o gran coalición dirigida por Rusia y Prusia con el apoyo de Inglaterra, Polonia, Suecia y Dinamarca. La realidad de los hechos fue, por el contrario, muy diferente: de Inglaterra sólo se obtuvo un acuerdo comercial firmado en 1766, con Prusia una alianza por ocho años —1764— y vagos acuerdos de escasa trascendencia con suecos y daneses.

Con tan menguados resultados Catalina II inició la presión sobre Turquía. La guerra estalló en 1768 cuando los turcos —animados por austríacos y franceses— atacaron su territorio. Entre 1768 y 1771 los éxitos militares rusos fueron ininterrumpidos, al contar con el apoyo de los pueblos sometidos por los turcos en Transcaucasia y los Balcanes. Estas campañas permitieron al Imperio de los zares llegar hasta Valaquia y Moldavia, ocupar algunas plazas fuertes en el Danubio y controlar —tras los éxitos de Chesme y el estrecho de Quíos— la península de Crimea.

Los acuerdos turco-austríacos de 1771 y los intereses en torno al primer tratado de reparto de Polonia en 1772 paralizaron la acción rusa sobre Turquía. La causa era la espera de un acuerdo por el que Rusia se asegurase el control sobre Crimea. Tal acuerdo no llegó a concluirse y, ante las amenazas de suecos, franceses e ingleses, el Gobierno ruso decidió acelerar sus operaciones sobre Turquía. Los éxitos de los generales Suvorov y Rumiántsev en los Balcanes precipitaron el triunfo final de las armas rusas. Por el tratado de Kuchuk-Kainarii —1774— el Imperio se expandió por las estepas meridionales, se logró la independencia del kanato de Crimea —paso previo para su definitiva conquista en 1785— y se obtenía de los turcos la autorización de libre navegación por el mar Negro y los Dardanelos. En ese mismo año de 1774 se ocuparon también las ricas tierras del Cáucaso septentrional. En 1787, ante una tímida reacción de los turcos y nuevos éxitos rusos —Tratado de Jassy en 1791-1792—, las fronteras avanzaron por la costa del mar Negro, entre los ríos Dniéster y Bug.

Por el Oeste la política exterior rusa se orientó a liquidar sus últimas diferencias con Suecia y, sobre todo, a expandir sus territorios a costa de Polonia. Por el primer reparto de este país Rusia adquirió algunas zonas de Ucrania y Bielorrusia; sin embargo, las aspiraciones de la zarina se vieron favorecidas por la Revolución Francesa, que trastocó todo el sistema de alianzas europeo. En 1793 un nuevo reparto de Polonia le entregó el control absoluto de Bielorrusia y de todas las tierras situadas a occidente del río Dniéper.

En 1794, tras un intento de sublevación, se produjo el tercer pacto de reparto de Polonia que permitió a Catalina II la anexión de Lituania, Bielorrusia occidental, Curlandia y la parte occidental de Volinia. En definitiva, la emperatriz obtuvo un éxito incuestionable en su política expansionista: se



Izquierda, escena en una escuela rusa del siglo XVIII. Arriba, medalla conmemorativa de la fundación de la Universidad de Moscú, la primera de Rusia

benefició de las sucesivas particiones de Polonia, incorporó Lituania, conquistó Crimea y aseguró la salida rusa al mar Negro y los Dardanelos, expandió las fronteras hasta el Cáucaso septentrional y, sobre todo, logró el sueño de Pedro el Grande: abatir definitivamente a suecos y turcos.

La Ilustración en Rusia

Como han señalado eminentes especialistas del siglo XVIII, y sobre todo aquéllos centrados en el fenómeno de la Ilustración, la Rusia del siglo XVIII ha sido una realidad histórica poco familiar a los especialistas occidentales de *las Luces* que, en la mayoría de los casos, no la conocen sino por síntesis de segunda mano. Esta reflexión sólo puede ser aceptada parcialmente; es cierto que el grueso de la historiografía soviética, hasta no hace mucho tiempo, ha estado atrapado por una cierta dosis de nacionalismo, defendiendo la existencia de un *modelo ruso de las Luces* propio y específico, rechazando la idea de que la experiencia ilustrada rusa fuera nueva prolongación natural de las tendencias acuñadas en Occidente.

En la actualidad esta tendencia historiográfica soviética ha sido modificada sustancialmente por una serie de factores: por la influencia en la Unión Soviética de la historiografía occidental, por la creación en Occidente de vigorosas escuelas de historiadores, tanto occidentales como de origen soviético y, básicamente, por los profundos cambios metodológicos e ideoló-

gicos experimentados por la misma historiografía soviética. Esta breve consideración historiográfica es esencial para comprender nuestro actual conocimiento de la Ilustración en Rusia.

La Ilustración rusa —como en gran medida podría decirse de la española— fue una *Ilustración insuficiente.* En efecto, Rusia había conocido una evolución intelectual de extraordinaria penuria, al quedar al margen de las transformaciones experimentadas por el pensamiento y la cultura occidentales desde el Renacimiento. Así, el pensamiento filosófico careció de especificidad, y las escasas preocupaciones ideológicas nunca lograron traspasar los límites de una especie de *ocio comprometido,* sin referencia alguna a la realidad económica y social del país. De hecho, las únicas referencias morales procedían de la visión protestante del derecho natural, introducida en la época de Pedro el Grande y que afectó a cierta parte de las capas superiores de la sociedad rusa, erigiéndose en el sustrato moral de algunas manifestaciones del reformismo nacional.



Fue, también, una llustración insuficiente desde la perspectiva social, al carecer el Imperio ruso de una clase burguesa capaz de sostener con coherencia los postulados doctrinales —con su carga de transformación política— de *las Luces.* Y, sobre todo —aunque no fue un fenómeno exclusivo de la experiencia rusa—, contradictorio por las propias limitaciones estructurales de la sociedad y la política del país.

Los rusos ilustrados —entendiendo *ilustrado* en el sentido más general del término— participaron de las inquietudes básicas y de los retos de transformación social implícitos en los postulados genéricos de *las Luces;* incluso intentaron adaptarlos a una realidad tan conflictiva como la que les rodeaba. Creyeron en la necesidad de la educación como medio de transformación política, confiaron en suprimir la corrupción y los prejuicios asentados en usos y costumbres a sus ojos periclitados e, incluso, en un día no lejano, en abolir el régimen de servidumbre. Pero frente a esta unanimidad de objetivos, se observó una dispersión extraordinaria en los medios para conseguirlos; así se erigió una corriente democrática en torno a Kozelski; otra democrático-revolucionaria encabezada por Radichtchev; ciertos movimientos entre la nobleza liberal, como los protagonizados por Novikoff y Golitsyn; grupos de aristócratas influidos —con diverso grado de adhesión— por los principios del derecho natural y de un vago constitucionalismo siempre en función de sus intereses de grupo; y, sobre todo, la conocida corriente oficialista encabezada por la propia emperatriz.

Pero la insuficiencia de *las Luces* en Rusia debe ponerse en relación con las contradicciones existentes entre lo ideal y lo real, lo imposible y lo posible. Este fenómeno da coherencia a lo que con cierta frecuencia ha sido presentado, incluso, como doble moral o hipocresía. Porque Catalina sintió sincera admiración por los autores y las ideas más preclaras del movimiento ilustrado; sus confesiones a D'Alembert, donde le manifiesta que su libro de cabecera era el *Espíritu de las Leyes* de Montesquieu, no se contradicen con uno de sus más conocidos textos incluido en sus *Memorias secretas,* donde afirma que en un Imperio como el ruso toda forma de gobierno que no fuera la autocracia sería estéril. Era de hecho el triunfo de lo real sobre lo ideal.

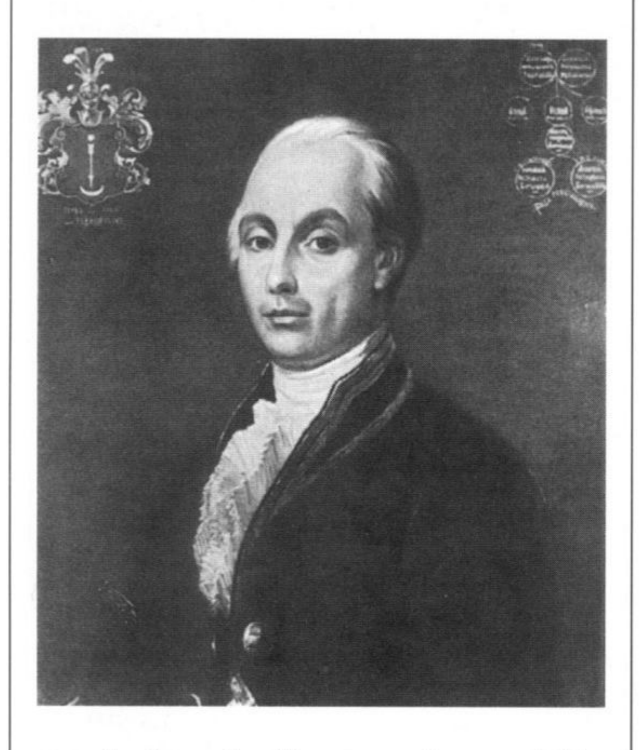
Pero la insuficiencia de la Ilustración en Rusia no significa que no hubiera propuestas de transformación política de enorme interés, que mere-



Izquierda, D´Alembert, el enciclopedista francés con el que mantuvo la zarina una activa correspondencia y al que confesó que el *Espíritu de las Leyes*, de Montesquieu, era su libro de cabecera. Arriba, Mijail Vasilievich Lomonosov, científico, poeta y gramático, fallecido a comienzos del reinado de Catalina II, cuyas ideas y escritos fueron perseguidos tras su muerte

cen ser analizadas. *Las Luces* rusas, salvo excepción, fueron patrimonio de una aristocracia que tuvo frecuentes contactos con, y un cierto conocimiento de, los planteamientos políticos más renovadores del pensamiento occidental. Para este grupo —en el que figuraban hombres como Panin, Fonvisin y Chtcherbatoff— el modelo occidental de monarquía constitucional sirvió como fundamento para definir un modelo político específico ruso de una monarquía limitada a partir de la existencia de órganos representativos evidentemente nobiliarios.

Para algunos autores actuales estas propuestas han sido definidas como de *fronda aristocrática*. Pero más que de *fronda* sería más ajustado hablar de *oposición aristocrática*, reformista y no



revolucionaria. Porque esta oposición bebía también de las opiniones de la emperatriz, configurando un modelo político sólo comprensible desde el particularismo ruso; esto es, una mezcla heterogénea de Consejos de boyardos, asamblea representativa occidental e ideas del pensamiento francés, que conduciría a una monarquía de tipo autocrático limitado y respetuosa con los intereses aristocráticos. Era, sin duda, la aplicación en Rusia de la conocida frase de Montesquieu: *...No hay monarca, no hay nobleza; no hay nobleza, no hay monarca, pero se tiene un déspota.*

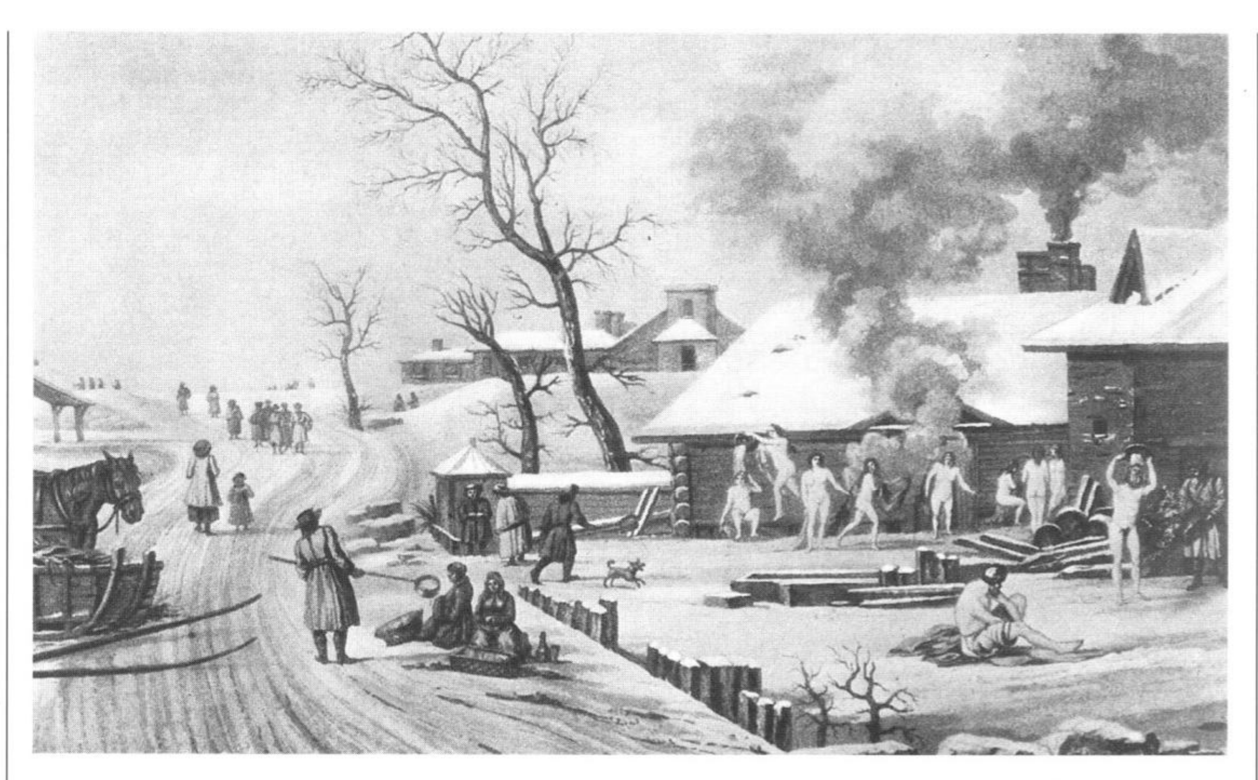
De esta aristocracia ilustrada destacó, por su vida y obra, el príncipe M. Chtcherbatoff (1733-1790). Político, historiador, publicista, autor de tratados de economía y agricultura, poeta, traductor, novelista... Chtcherbatoff fue un hombre de extraordinario talento, hablaba cinco idiomas —francés, alemán, italiano, sueco y polaco— y el catálogo de su biblioteca ascendía a 15.000 volúmenes, de teología, pedagogía, filosofía, derecho, economía, geografía y, sobre todo, historia.

De familia de la más alta nobleza, ingresó en su juventud en un regimiento de la Guardia; fue nombrado en 1767 miembro de la Comisión para la redacción de un nuevo Código; más tarde representante electo de la nobleza, en 1768 integró la Comisión de Comercio y en 1778 se le designó para un cargo que le auguraba la máxima responsabilidad en las finanzas de su país. Sin embargo, lo que le dio la fama de ser quizá el mayor ideólogo de la aristocracia rusa del siglo XVIII fue su actividad como escritor. En 1762 publicó su primera obra, *Carta de las libertades de los gentilhombres,* donde reflexionó, entre otras materias, sobre la propiedad.

En 1770 comenzó a publicar su gran obra, *Historia de Rusia desde los tiempos más antiguos,* en quince volúmenes. Muerto en 1790, Catalina II ordenó el expurgo de su biblioteca en busca de trabajos inéditos de los que se sospechaba contenían acerbas críticas hacia la monarquía. Afortunadamente, su familia pudo ocultar dos obras que son fundamentales de la Ilustración crítica rusa: *De la corrupción de las costumbres en Rusia* —publicado en Londres en 1858— y, sobre todo, la novela social utópica *Viaje al país de Ofir.* En ella aparece su ideal de Estado: de naturaleza conservadora y con un Parlamento aristocrático que controlaría el poder político.

La Revolución Francesa. El fin del reinado

Como en muchos países, entre ellos España, el estallido de la Revolución Francesa confirmó las enormes limitaciones de la Ilustración en Rusia. De hecho, los acontecimientos parisinos de 1789 pasaron casi inadvertidos en



Izquierda, Radíschev, uno de los intelectuales más característicos del reinado de Catalina; sufrió destierro porque el sistema no soportó sus críticas. Arriba, baños de invierno en Moscú a finales del siglo XVIII

el Imperio de los zares. Pero si para la opinión pública los acontecimientos revolucionarios tuvieron escasa repercusión, para el Gobierno de Catalina aconsejaron la puesta en práctica de una política de control de las opiniones que salvaguardara su propio *status* político.

Y, en efecto, las secuelas más intensas las sufrió la prensa. El desarrollo del periodismo crítico en Rusia había surgido en la década de 1780, vinculándose a la figura de N. Nóvikov, editor de varias revistas cuya línea editorial se apoyó en la defensa de la libertad de opinión y en la denuncia de los males estructurales de la sociedad rusa: situación del campesinado, corrupción administrativa, etcétera. Fundó el periódico *Noticias de Moscú* y el semanario *Suplemento a las Noticias de Moscú,* que se destacaron por sus informaciones y comentarios laudatorios a la experiencia revolucionaria de los colonos norteamericanos frente a Inglaterra.

Además, Nóvikov destacó como traductor y ensayista; en su traducción del trabajo *Sobre el comercio en general,* difundió las nuevas corrientes económicas occidentales, basadas en la libertad de iniciativa y de trabajo extrapolándolas a la realidad rusa. Para Nóvikov el desarrollo del comercio, industria y agricultura pasaba por la liquidación de la servidumbre, en tanto el trabajo libre era el motor del progreso. Tolerado por las autoridades hasta 1789, en 1792 fue recluido en prisión por sus ideas, no recobrando la libertad hasta la muerte de Catalina.

Otro caso, sin duda más conocido, fue el de Radíschev, cuyas críticas sociales venía exponiendo desde 1783 con la publicación de su oda *Libertad;* sin embargo, la fama de opositor le vino por la edición en 1790 del famoso *Viaje de Petersburgo a Moscú,* que por su carga crítica en defensa del mísero campesinado, y sus reflexiones sobre el derecho natural y la moral predicada por *las luces,* le ocasionó un enfrentamiento directo con la emperatriz. La obra fue prohibida y Radíschev, tras ser encausado por la Cámara de delitos comunes, condenado a muerte por descuartizamiento. Ratificada la condena por el Senado, acabó en el destierro gracias a la magnanimidad de Catalina, que le commutó la pena. Radíschev, como sucedió con el periodista Nóvikov, sólo pudo regresar del destierro en 1796, tras la desaparición de la emperatriz.

Junto a estas medidas de orden interior, Catalina se opuso a la expan-

sión de la Revolución Francesa integrándose en la gran coalición internacional antirrevolucionaria. Apoyó a los emigrados franceses, colaboró con los ejércitos prusianos y austriacos, y en 1791 firmó un tratado con Suecia para atacar a Francia. Ello era lógico, porque Catalina II —como la mayoría de los monarcas ilustrados— podría sentir admiración por las conquistas de la razón y admitir una cierta política —más o menos sincera— de reformas, pero en modo alguno suscribir las tesis de una revolución liquidadora de la monarquía absoluta. De igual manera actuaron aquellos nobles rusos inflamados por *las Luces* parisinas; algunos de ellos —como el conocido conde Stro-



gánov— habían sido fervientes seguidores de Voltaire, leído quizá a Rousseau y ejercido de revolucionarios teóricos o de salón. Todos ellos, especialmente desde la ejecución de Luis XVI, dimitieron de sus postulados más radicales para acercarse a las tesis oficiales de la emperatriz.

El desarrollo científico

Catalina murió en 1796, legando un régimen político plenamente configurado y una sucesión diseñada por ella. Nunca confió en la capacidad de su hijo Pablo al que, conscientemente, apartó del poder su difícil carácter y por su peculiar concepción de los asuntos públicos y militares. Sus esperanzas se centraron en Alejandro, su nieto preferido, al que consideraba como el sucesor directo más apropiado.

Sin embargo, su hijo Pablo I (1796-1801) heredó efectivamente el trono, iniciando una política autocrática a imitación de Federico el Grande: total dependencia de la administración al servicio de los planes diseñados por el zar y obligatoriedad general del servicio militar. En 1797 dictó un *ukase* —orden imperial— para un mayor control de la nobleza, junto con una cierta dulcificación de las condiciones de vida del campesinado. No obstante, a imitación de su madre, concedió cientos de miles de vasallos del Estado a la nobleza. En marzo de 1801 fue asesinado tras una conspiración, sucediéndole en el trono su hijo Alejandro I, aquel nieto de Catalina en el que la emperatriz había llegado a depositar todas sus esperanzas.

Durante el reinado de Catalina II se potenció el programa de exploraciones iniciado en la época de Pedro el Grande, teniendo como eje científico la Academia de Ciencias, que entre 1768 y 1774 organizó cinco expediciones geográficas al Noreste de Siberia y al Pacífico septentrional. Fue también la Academia de Ciencias el centro básico de la investigación de la época; en sus aulas enseñaron los grandes científicos europeos del momento —Pallás, Euler, etcétera— junto con los grandes investigadores rusos: el astrónomo S. Rumovski, el geólogo V. Severguin, los naturalistas I. Lepiojin y N. Ozeretskovski y el inventor I. Kulibin, entre otros. Particular interés presentó la escuela matemática rusa, que giraba en ese momento en torno a S. Kotéinikov. Debe destacarse también la fundación de la Escuela de Minería en 1774.

Con un espíritu muy propio del movimiento de *las Luces,* se fundó en 1765 la Sociedad Económica Libre, cuyos objetivos fueron los estudios para el fomento de la agricultura, tanto en sus aspectos teóricos como en los prácticos.

Sin embargo, todo el desarrollo científico e intelectual estuvo lastrado —como ocurrió en muchas sociedades del Antiguo Régimen— por las escasas condiciones de receptividad del grueso de la sociedad rusa al limi-



Izquierda, uno de los retratos de la zarina en la época de su acceso al trono. Arriba, San Petersburgo a finales del siglo XVIII; al fondo, el Palacio de Invierno

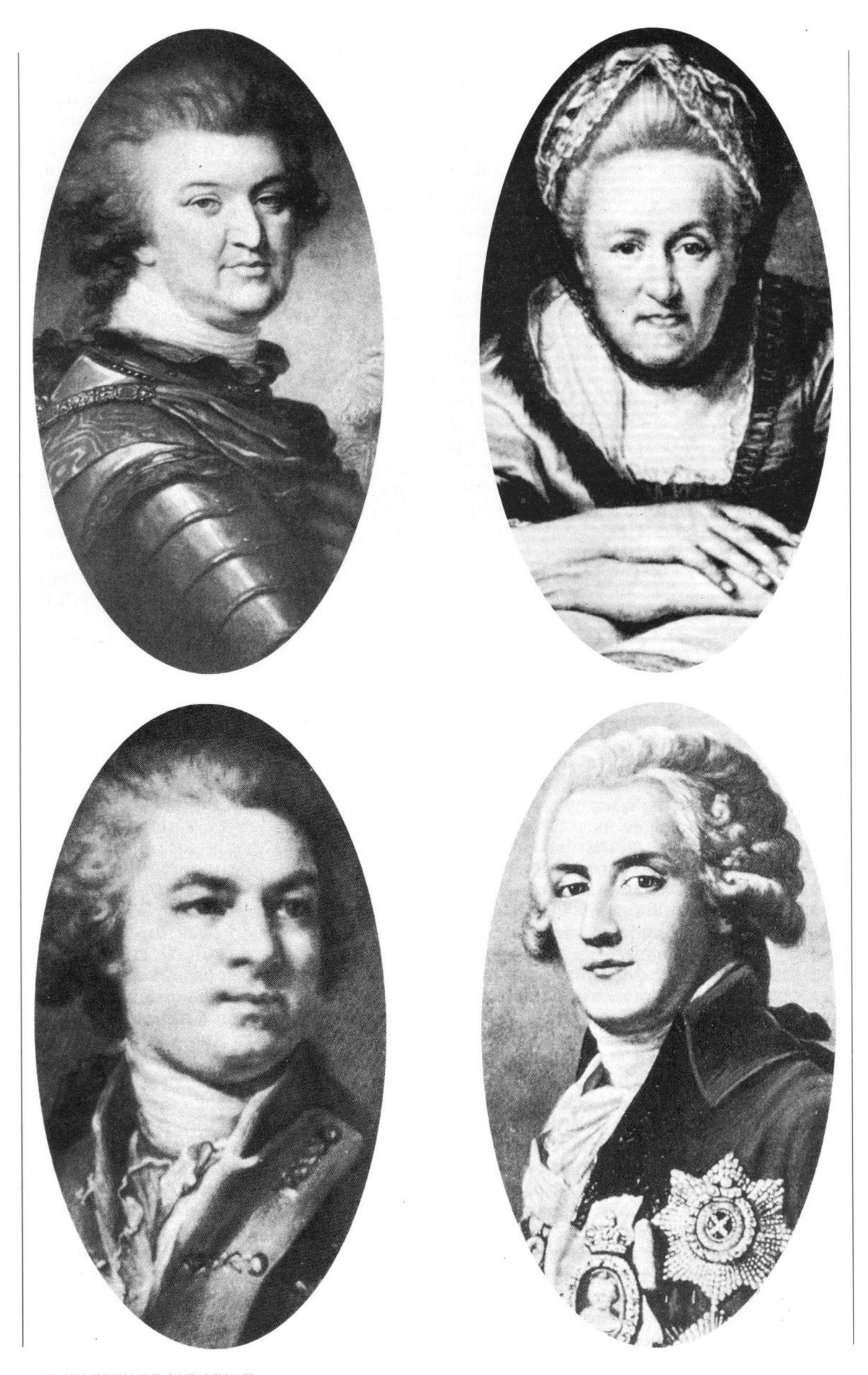
tarse a una elite cuantitativamente muy minoritaria. En un intento de superar esta situación, se constituyó en 1782 la Comisión Escolar, con el ánimo de extender la educación a las capas sociales no privilegiadas. Los resultados cosechados fueron desalentadores: en 1786 sólo se había logrado escolarizar a unos once mil menores de los que ni siquiera un millar fueron niñas. Mejores resultados se obtuvieron en la educación de las damas nobles, con la fundación en 1764 del Instituto Femenino Smolny. Una excelente visión crítica de la educación de la época fue la obra *El menor de edad,* de Fonvizin.

La literatura y las artes

Los usos literarios en la Rusia de Catalina la Grande pueden sintetizarse en la existencia de dos corrientes básicas: el mantenimiento de las fórmulas clasicistas, por una parte, y la irrupción de nuevas maneras formales y temáticas conectadas con el espiritu ilustrado, por otra. A fines del siglo XVIII el clasicismo era, sin duda, la corriente predominante en las letras rusas, pero ya se advertían tendencias dirigidas hacia un romanticismo temprano y hacia el realismo, especialmente en la poesía. Destacó sobre todos el gran poeta Derzhavin —verdadero fundador de la escuela de poesía realista rusa— con trabajos donde aunaba el panegírico a Catalina con solapadas críticas al sistema social vigente. Otros poetas de indudable talento fueron Jeráskov y Kapnist, autor éste último de una obra de gran resonancia por su denuncia contra la servidumbre: *Oda a la esclavitud.*

Pero salvo excepción —y las hubo, como hemos visto al tratar el tema de *las Luces* en Rusia— se trata de una literatura crítica realizada desde las capas sociales privilegiadas.

Esto es, fue una literatura comprometida con el ideal de la reforma pero alejada de planteamientos rupturistas. Quizá el mejor ejemplo sea el ya citado de D. Fonvizin, autor de la



comedia *El brigadier* (1766-1769) y del también citado *El menor de edad* (1782). Ambas obras —típicas del realismo ruso del siglo XVIII— fueron cuadros críticos de la sociedad, pero nunca profundizaron en la naturaleza de las desigualdades sociales; menos aún propusieron un programa coherente para superarlas. En la misma línea crítica no rupturista cabe también citar al periodista ucraniano G. Skovorodá. Desde hace algunos años ha atraído la atención —singularmente entre los estudiosos franceses— la figura del fabulista Krylov y su entorno literario.

En las artes, el período de Catalina II se caracterizó por el espectacular desarrollo de la arquitectura, que definitivamente abandonó las soluciones barrocas para adscribirse plenamente a las tendencias del clasicismo. Encontramos dos núcleos básicos: Moscú y San Petersburgo. Moscú fue un centro de arquitectos rusos, con dos figuras fundamentales: M. Kazalov y V. Bazhénov; del primero son la antigua Universidad, la Sala de Columnas de la Asamblea de la Nobleza, el hospital Golitsyn y, sobre todo, el edificio del Senado, dentro del conjunto arquitectónico del Kremlin. Bazhénov, quizá el mejor arquitecto ruso del XVIII, fue el autor del mayor proyecto de la época: el palacio del Kremlin, obra que no se realizó; ejecutó el palacio de Tsarítsyno, destruido inmediatamente por orden de la emperatriz. En la actualidad sólo se conserva de él una obra de relieve: la Casa de Pashkov, actualmente dependencia de la Biblioteca Lenin.

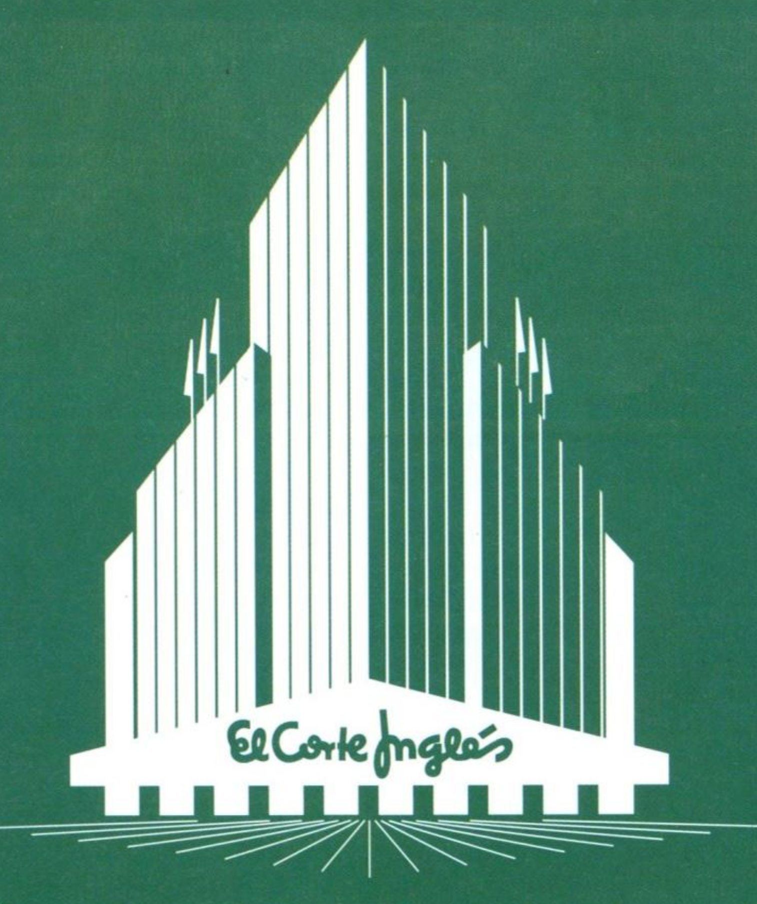
En el núcleo de San Petersburgo trabajaron preferentemente arquitectos occidentales: J. Vallin de la Motte diseñó el Pequeño Palacio de Invierno y el Viejo Ermitage, entre otros edificios; Quarenghi, la Academia de Ciencias, el Palacio Inglés y el Teatro del Ermitage. Fue particularmente intensa la actividad en el diseño y creación de parques y jardines —Peterhof, Ropsa, Oranienbaum, Pávlovsk, etcétera— obra, también, de occidentales: Gonzago, Cameron y otros.

La pintura y la escultura estuvieron caracterizadas por la tendencia hacia el realismo, singularmente en la obra del gran retratista F. Rókotov y en la Antrópov. En la escultura debe destacarse la obra del francés Falconet, especialmente el monumento dedicado a Pedro el Grande, más conocido como el *Jinete de Bronce,* que se alza en San Petersburgo a orillas del Neva, centrando la más noble zona arquitectónica de la antigua capital.

Arriba, izquierda, príncipe Grigori Potemkin, amante y, quizás, marido secreto de Catalina II, retratada aquí —arriba derecha— hacia 1780. Abajo, dos de los múltiples amantes de la soberana: el conde Pedro Zavadovski y su último favorito, Platón Zubov

Bibliografía

Alexander, J. T. *Catherine the Great,* Oxford, 1989. Aurich, P., *Russian Rebels, 1600-1800,* New York, 1976. Blackwell, W. L., *Russian economic development from Peter the Great to Stalin,* New York, 1974. Choduba, B., *Rusia y el Oriente de Europa,* Madrid, 1980. Dmytryshyn, B.(ed.), *Modernization of Russia under Peter I and Catherine,* New York, 1974. Dukes, P., *Catherine the Great and the russian nobility,* Cambridge, 1967. Ibid, (ed.), *Russia under Catherine the Great,* Newtonville, Mass., 1977-78. Goehrke, C. y otros, *Rusia,* Madrid, 1984. Jones, R. E., *The emancipation of the russian nobility, 1762-85,* Princeton, 1973. Lentin, A., *Russia in the eighteenth century: from Peter the Great to Catherine the Great, 1696-1796,* London 1973, Madariaga, I. de, *Russia in the age of Catherine the Great,* New Haven, 1981. Pimtner, W. N. y Rowney, D. K. (eds.), *Russian officialdom: the bureaucratization of russian society from the seventeenth to twenteenth century,* London, 1980. Pipes, R., *Russia under the Old Regime,* New York, 1974. Raeff, M., *Origins of the Russian Intelligentsia. The eighteenth nobility.* New York, 1966. *Catherine the Great: A profile,* New York, 1972. *Understanding Imperial Russia. State and society in the Old Regime.* New York, 1984. VV. AA., *La Russie et l'Europe. XVI-XX siècles.*Paris-Moscou, 1970.


El Corte Inglés